

LA ÉPOCA DEL DOMINGO

SUPLEMENTO AL NUMERO 25.647

Año III : Núm. 73.

POETAS OLVIDADOS

TASSARA

III

Los que al deslindear linajes y al señalar entronques é influencias, lo hacen más como difamadores que como genealogistas, suelen poner un empeño exagerado en buscar la filiación de todos los escritores famosos, pensando que rebajan su mérito al despojarlos de la originalidad...

Así, al hablar de Núñez de Arce, se ha repetido con excesiva y rutinaria insistencia el nombre de Quintana; pero esta afirmación, hasta por lo que tiene de verdadera, es, sin duda, peligrosa y puede inducir y ha inducido á error á aquellos que sólo juzgan por las apariencias.

En los comienzos de todo escritor se descubre siempre el influjo de otro escritor, que es como el ídolo del principiante y que en la plenitud de su vida y de su fama realiza el ideal de éxito que el autor novel quería alcanzar...

Así se explica, por ejemplo, que un poeta como Víctor Hugo, tan diferente del autor de Los Mártires, escribiera, siendo un niño, en su cuaderno de colegio: «Quiero ser Chateaubriand, ó nada!»

Pero la semejanza no pasa de aquí, y á esto hemos de reducir para ser justos; pues si se examinara atentamente El Pantón de El Escorial y el Miserere, se advertirán más diferencias que analogías, á pesar de la identidad del asunto.

El verdadero parentesco entre dos poetas puede consistir ó en la afinidad de las ideas y sentimientos ó en la semejanza de la técnica, ó en ambas cosas á la vez.

El que, conociendo á Quintana, como hay que conocer á un poeta, es decir, sabiendo muchos de sus versos de memoria, visite en París la iglesia de Santa Geneveva, convertida en Pantón Nacional, se acordará involuntariamente de aquellas odas de alta inspiración y de ampulosa sonoridad, tan semejantes á aquel templo grandioso y severo, donde no hay altares ni edífios y donde el ostentoso y solenne culto católico no ha sido reemplazado por nada.

El viajero que le visita y que conoce su actual destino, espera ver deslizar bajo su gigantesca bóveda una solemne pompa pagana, semejante á aquella que Carvantes nos describe en la Galatea, al narrar las exequias del pastor Meliso, y al ver que la antigua iglesia consagrada á la Patrona de París no es más que un enorme y hueco cenotafio, ya que hasta los sepulcros de los grandes hombres no aparecen en él patentes y descubiertos, sino que se ocultan, repartidos por las galerías subterráneas, comprende todo el alcance de aquella frase magistral con que Menéndez y Pelayo calificó la poesía cívica y laica de Quintana...

«El fanatismo odiaste, plugüera á Dios que fanatismo hubiese»

«Hoy que mi frente, atónico, golpeo y con febril deseo busco los restos de mi fe perdida, por hallarla otra vez, radiante y bella, como en la edad aquélla, desgraciado de mí, diera la vida!»

No fueron, seguramente, inspirados estos versos por el enciclopedismo francés que se infiltró en el alma de Quintana, y que hizo que, por extraña contradicción, el gran poeta fuese á la par cantor glorioso de nuestra Independencia y divulgador inconsciente de las ideas y doctrinas de los invasores.

Por eso la poesía de Quintana, que es altísima y noble poesía, sin duda alguna, nos produce hoy una impresión que nos desconcierta, pues no podemos dejar de compararla con una luz que, como la eléctrica, es potente y es deslumbradora, pero que, como ella, no es íntegra, y precisamente entre los colores del iris que le faltan para serlo, advertimos que se cuenta alguno de los que forman la enseña de la Patria: porque todo lo que en aquel glorioso y formidable levantamiento del alma española hubo de religioso y de popular, está ausente de los versos de Quintana, y hay que buscarlo en los de otros escritores que abundaron más en el alma cristiana y sencilla de nuestro pueblo, aunque sin ostentar la representación altísima que él ostentó durante la guerra de la Independencia, y sin haber logrado después la solemne apoteosis que él alcanzó mercedamente y que fué más digna del poeta y de la nación, que el homenaje que

hoy se le dedica al trasladar sus restos, no al panteón de hombres ilustres, como sería justo, sino al cementerio del Este.

MANUEL DE SANDOVAL De la Real Academia Española.

UN LIBRO DE CRÍTICA

«Conversaciones literarias» (por Enrique Díaz Canedo)

Las Conversaciones literarias, de Enrique Díaz Canedo, son uno de los más amenos é instructivos libros de crítica publicados en los últimos años. Si ha de ser crítico quien se hubiera preguntado á un lector de periódicos ¿quién es Enrique Díaz Canedo?, habría respondido: Un poeta. Ahora, el lector respondería, probablemente: Un crítico. Porque, últimamente, Díaz Canedo ha concentrado en la crítica su actividad literaria.

Reñe Díaz Canedo las circunstancias esenciales en el crítico: lectura, buen gusto, penetración. La lectura, y el buen gusto son condiciones muy ligadas entre sí, no tanto que se pueda establecer una forzosa relación de causa á efecto. Sin duda se desdora y depura el gusto en el comercio ó el estudio de los buenos autores; pero los abundantes ejemplos de escritores, pero los abundantes ejemplos de escritores, pero los abundantes ejemplos que carecen de finura estética, de esa facultad electiva que llamamos gusto, demuestran que éste no es una creación de la cultura, aunque reciba de ella el perfeccionamiento. Algo tiene de don natural.

La penetración, completa al gusto en el crítico. El gusto, consecuentemente con su nombre, es como un paladar intelectual; como una especie de sentido de la inteligencia, que distingue perfectamente de calidades. Por la penetración, el crítico que lo posee, interpreta las obras y se las explica, que es la operación más intelectual de la crítica, la que puede decirse algún tinte científico.

Posee, además, el autor de las Conversaciones literarias, el procedimiento, el arte expositivo, concentrado y preciso, que requiere la crítica breve del periódico, donde no es posible hacer los análisis de libros que caben en una Revista, y donde se habla á un público extenso, en el que muchos no habrán leído las obras sobre las cuales diserta el crítico. No hay ejercicio más expuesto á perderse en el aburrimiento, que el hablar al público de libros que no ha leído. Hay necesidad de darselos á conocer abreviadamente. Por eso no van descamados los que narran argumentos de novelas y comedias, solicitando así el interés. Mas el conocimiento que se pueda dar de un libro no leído en un breve artículo de periódico, es necesariamente muy somero é incompleto. Se necesita un esfuerzo de concisión y, al mismo tiempo, el arte de la selección, la elección feliz del rasgo expresivo, sin el cual la concisión es obscuridad.

Las Conversaciones literarias comprenden una serie de artículos publicados entre 1915 y 1921. Son artículos escogidos, y bien escogidos. La servidumbre de la actualidad y los mil vínculos sutiles del trato humano, obligan al crítico que escribe en periódicos, á hablar de muchos libros que carecen de verdadera importancia literaria. Pocas veces se da el caso favorable de un Clarín, encerrado en su Valsua asturiana, que puede aislarse de los requerimientos de la amistad, porque, al cabo, el correo es menos apremiante que el trato personal y directo. Con todo su ingenio, su cultura y su inspiración artística, Clarín, viviendo en Madrid, no ha biera podido escribir todos sus Pulques, ni todos sus deliciosos folletos literarios y, en cambio, hubiera escrito cosas que no escribía. Por otra parte, á la crítica que se va haciendo día por día, al compás de los acontecimientos y de los mercados sucesivos, le falta el cerminado del tiempo. La lejanía es lo que da la perspectiva. Esto es lo que separa la crítica actual de la historia literaria.

Señalamos algunas muestras del acierto de Díaz Canedo y de la oportuna aplicación que hace de su cultura. La cultura tiene cierto valor instrumental, cuya eficacia depende del uso que hacen de ella el gusto y el juicio crítico. En las Conversaciones literarias es muy cierto, por ejemplo, el juicio de la novela de Baroja. El cura de Santa Cruz, expresado en una comparación: es un romance fronzido, dice el crítico. Quien conozca el espíritu y carácter de esta especie de romances, apreciará bien lo gráfico de la comparación entre el relato moderno y aquel género de poesía.

La novela de Protasio es uno de los más poéticos y acabados capítulos del libro. En la tragedia del poeta polaco Estanislao Wrypianski, Laodamia, viuda de Protasio y uno de los héroes griegos que han ido á la guerra de Troya, esperan cuando su regreso á orillas del mar, espianando la silueta de la negra galera del héroe. Quien vea en el espectro, vestido con la reluciente armadura, pero frío y fúido como una sombra. El autor aplica este mito poético á la independencia que brindaron á Polonia durante la guerra sus opresores de la víspera. Al cabo, Protasio ha llegado y de Laodamia depende ahora el que sea un ser viviente ó una sombra.

Un tema que trata con mucha lucidez Díaz Canedo es el de la Poesía y la Democracia, comentando el estudio de M. G. Currie Martin, Poets of the Democracy. «Es la democracia un asunto poético como energía central de una época? ¿Cuáles serán las formas de la poesía que la exprese? ¿Le bastará reemplazar la poesía popular ó podrá y aun necesitará apelar á las formas cultas y refinadas? Sobre estas cuestiones, respecto á las cuales nos ofrecen luz la historia literaria y la psicología colectiva, diserta breve y sustanciosamente Díaz Canedo.

La ironía, una moderada ironía, mariposea en alguna de las páginas de este agradable libro. Pae de citarse el comentario de cierta Estética de Salvador Rueda, combatiendo y tratando de disminuir... á Rubén Darío! El espectáculo es eminentemente cómico y la glosa del crítico ingeniosa y sutil.

Menos brillante que Gabriel Alomar, quizás con menos base filológica y humanística que Julio Casares, aunque con mayor dominio de las literaturas extranjeras contemporáneas, menos sutil é inventivo que Pérez de Ayala, Díaz Canedo ofrece como crítico un ponderado conjunto de cualidades que le colocan en primera línea en este género y hacen de él uno de los mejores guías del lector. ANDREINO

IMPRESIONES DE LONDRES

Los regalos de la Princesa María

LONDRES, marzo.

Tuvo la suerte de visitar en la Galería de pintura del Buckingham Palace los regalos de la Princesa María. No todos consiguen entrar en dicho Museo y menos en ocasiones como la presente.

A las maravillas que penden de los muros, juntábanse ahora las joyas, ropas y objetos de valor de las vitrinas.

En la imposibilidad de describir todos los regalos que ha recibido con motivo de su enlace la hija de los Reyes de Inglaterra, hablaré únicamente de aquellos que más han llamado la atención de todos. La piedra preferida de la Princesa María es el zafiro, que sienta muy bien á su complejión inglesa y á su cabello rubio. Así, el Rey ha regalado á su hija una corona, un collar y un brazalete de zafiros y diamantes. Cada una de las piedras, á más de armonizar perfectamente en el conjunto, se destaca por sí sola, produciendo un efecto muy original.

La Reina ha ofrecido á la novia un gran zafiro azul que, según un cronista inglés, tiene toda «la belleza de una puesta de sol». El Príncipe de Gales un brazalete con zafiros y diamantes. Zafiros han regalado también los otros hermanos de la Princesa, el duque de York y los Príncipes Jorge y Enrique. El regalo de la Reina de España es una sortija con zafiros y diamantes. La Reina Alejandra regala á su nieta un soberbio collar de varias piedras, entre las que predominan las perlas y esmeraldas.

El novio, conociendo la predilección de la Princesa por los zafiros, la ofrenda: un vestido con una franja guarnecida de estas piedras y diferentes joyas: collares, *barrettes*, *pendentifs*, cadenas de reloj, etc.

Llama la atención el presente del Mikado, que consiste en una pantalla con un soberbio brocado japonés.

Son curiosos dos relojes. Uno, de ellos de los Príncipes Cristóbal de Grecia, no tiene agujas. Se ve la hora merced á la iluminación conveniente de unas estrellas de topacio. La luz de un color marca los minutos, de otro color, las horas. El otro es un reloj de pared, grande.

Hay, en la exposición, vestidos, abanicos, lazos, toda clase de prendas de diferente uso y objetos que constituyen verdaderas bellezas de todas las artes, especialmente de las artes industriales, que los ingleses designan con una palabra conocida en todos los países, *crafts*, y de las que tienen tan soberbio Museo en South Kensington.

«Que Dios coime de dichas á la gentil Princesa BROWN

DOS ENFERMERAS ABNEGADAS

Las señoritas de Merry del Val y de Benavente

La sociedad madrileña habrá experimentado un disgusto al enterarse de que la encantadora señorita Mimi Merry del Val, que tan eficaces servicios prestara durante la campaña de Melilla, ha tenido una pequeña recaída de paludismo.

Ello dio ocasión á un nuevo y justo homenaje de simpatía y afecto á la abnegada enfermera, porque todos se interesaron por su restablecimiento, especialmente aquellos valerosos soldados de la Patria á quienes ella asistió con tanta solícitud.

Todos asimismo recuerdan con cariño y gratitud á aquella joven y linda enfermera, fuerte y animosa, que compartía con la duquesa de la Victoria y la señorita María Benavente el trabajo de asistir á los soldados.

Era uno de los ángeles buenos del Hospital de la Cruz Roja. Involuntario á la fatiga ni el cansancio, ni el sueño la rindieron jamás; siempre estaba dispuesta á correr adonde se la llamara para asistir á los heridos y prodigarles frases de consuelo.

«Perlo la muchacha, fuerte, intijurable, por cuyas venas circulaba sangre sajuna y española, traje, sin duda, de Melilla, el germen del paludismo, azote de nuestros soldados en Marruecos, y de vez en cuando vuelve á ser víctima de la fiebre, que viene á poner como una corona de sufrimiento á su obra de abnegación y patriotismo.

No hace muchos días, S. M. el Rey se dignó conceder á las señoritas de Merry del Val y de Benavente, compañeras desde el primer día en la lucha, iguales en virtud y en grandeza de alma, la cruz sencilla de la orden civil de Beneficencia, en reconocimiento y recompensa de sus servicios. Y esta merced pronto, primero, un afecto de legítima satisfacción á las dos enfermeras, y después, el deber de dar lugar á una manifestación de simpatía y cariño hacia ellas. De muchas provincias, de muchos lugares apartados, llegaron felicitaciones de los milaneses soldados, que no habían olvidado, que no olvidarán nunca la abnegación y el amor de aquellas buenas «madrecitas», que pasaron tantas noches de desvelo y de insomnio para velar y proteger sus sueños intrabuquillos.

En algunas de dichas felicitaciones apunta una leve protesta, inspirada por la calidad de la recompensa. «¿Es este premio el adecuado y justo para las dos enfermeras? ¿Es la recompensa proporcionada á la importancia del servicio y á la abnegación que lo acompañara?»

La labor de las dos enfermeras, ángeles buenos de los soldados, «madrecitas» amorosas, ha sido incomparable, como la labor de la duquesa de la Victoria.

Todos recordarán el comienzo de la campaña, en los días de julio, cuando en Melilla imperaba la inquietud y había muy poco preparado para hacer frente á las eventualidades de una lucha. Era necesario disponer todo, organizarlo todo, hacer una obra nueva sobre las ruinas del desastre.

Para la organización de los Hospitales de la Cruz Roja, surgió una mujer, la duquesa de la Victoria, que tan á prueba ha puesto sus dotes, y á ésta siguieron otras dos, tan dispuestas y tan merecedoras de gratitud: María Benavente y Mimi Merry del Val. Basó una indicación de la primera, para que estas señoritas abandonasen las comodidades de sus casas y marchasen á la zona de peligro, tan mansa parte, no sólo en la asistencia á los heridos, sino en la completa organización de los Hospitales, tan difícil siempre, y sobre todo, en aquellos instantes en que había en un principio carencia de muchos elementos.

Fueron ellas la vanguardia de la Cruz Roja, en días de temor, en los que la proximidad del desastre ponía sobre todos tristezas y recelo, y hay que apreciar en su labor, no solamente la calidad del esfuerzo, sino el tiempo de su prestación. El cañón del Guruzú, disparando de vez en vez, representaba un temor que no estaba todavía suficientemente lejós.

Alguien hizo saber cierta noche al Hospital de la Cruz Roja que convenía apagar las luces para suministrar todo punto de guía al acedo de los disparos rifles. Pero la duquesa de la Victoria, con sus inseparables Mimi Merry del Val, y María Benavente, según cuentan, protestó con firmeza. Con los días del cañoneo que tenían los vecinos del barrio del Real, eran no más que posibles. Pero la interrupción en los servicios del Hospital, en aquellas noches de evacuación de heridos, suponía, para muchos de éstos, la muerte ó la agravación. Y era precisamente la asistencia al herido lo que á esas tres mujeres, como á las demás, las llevó hasta allí. Había que curarles, fuese como fuese, de día ó de noche, incluso bajo el fuego enemigo, si ello se hacía necesario, y aun con riesgo de la seguridad de sus personas.

De este modo, conagradas en cuerpo y alma á su noble misión, permanecieron en sus puestos Mimi Merry y María Benavente, hasta hacer muy poco tiempo. Con sus trajes blancos, en los que prendieron con presura la roja cruz simbólica, fueron desde los primeros instantes para los soldados que volvían heridos, las más abnegadas, más fieles, más completas, más útiles representaciones de la Patria. Cerca de ellos realizaban una misión maternal, en la que ponían todo su entusiasmo y todo su corazón de mujeres jóvenes.

Era la una la muchacha fuerte, invencible á la fatiga; la otra más delicada, parecía incapaz

de sostener la rnda lucha. Pero la fortaleza del espíritu y el amor á los desvalidos las igualó en el esfuerzo. Cerca del lecho del dolor fueron como madres vigilantes, atentas á la menor inquietud y al menor desvelo de los soldados heridos. En las noches de fiebre y de delirio, cuando la muerte rondaba más de cerca á los soldados, ¡qué tristes horas pasaron de insomnio, de sufrimiento! Luego, cuando los heridos mejoraban, ellas eran sus amigas y consejeras, dispuestas siempre á prodigarles consuelos, á distraerles; ellas les alentaban constantemente y les obsequiaban, y les escribían las cartas para las familias. «Puede darse labor más admirable!»

Es necesario decir que tienen razón los que nos escriben sosteniendo que la recompensa otorgada á las señoritas de Benavente y Merry del Val no es la proporcionada á sus servicios. El testimonio de mayor excepción de ello es el de los numerosos heridos á quienes ellas asistieron. También pueden dar fe cuantos desfilaron por Melilla durante la campaña y presenciaron la labor y rindieron á ella el homenaje de su admiración.

Cierto que la verdadera recompensa la han obtenido ya las señoritas de Merry del Val y Benavente con los pequeños presentes que han recibido y reciben de quienes les quisieron tan agradecidos.

Un día fué el regimiento del Rey el que les mandó unos sencillos brazales de la Cruz Roja con las insignias del Inmemorial; otro, el Tercio les envió parecido regalo; otro, los soldados de la Montaña les ofrendaron medallas del Cristo de Limpias; otro, las tropas baturras, medallas de la Virgen del Pilar. Y así, raro era el día en que aquellas buenas enfermeras no recibían muestras de gratitud y cariño, que llenaban de satisfacción sus corazones. Pero hubiera estado bien, acomodándose á los dictados de la equidad, que en las esferas oficiales se hubiese tratado con menos parsimoniosidad que supieron sacrificarse por la Patria y sus soldados... M.

FIGURAS DEL DIA

DON MANUEL JOSÉ QUINTANA

Hay se han trasladado, de la Patriarcal de San Martín á la Necrópolis del Este, los restos de don Manuel José Quintana.

Observé que no digo el poeta Quintana. Con haberlo sido, y de todo empuje, tal epiteto le empuñe. Quintana, á más de poeta, fué sabio, historiador de la literatura y quizá el primer crítico que aparece en el orden del tiempo en nuestras letras.

Tanto como su oda famosa *A la invención de la imprenta*, no gusta su *Introducción á la poesía castellana del siglo XVII*, donde hay párrafos que no se desearían de firmar actualmente el propio Gustavo Lanson, y cuidado que va diferencia de la crítica literaria de ahora á la de hace noventa y tantos ó cien años. «Sus *Vidas de españoles ilustres* y los artículos críticos que publicaba periódicamente en la revista *Varietades de Ciencias, Literatura y Artes*, que fundaron él y sus amigos y cuya vida alcanza sólo dos años: de 1803 á 1805, le acreditan de espíritu selecto, hombre de buen gusto y literato de extraordinaria discreción é inteligencia.

Si en España nos preocupáramos un poco en amoldar el carácter de nuestros ingenios á la corriente especial de ideas que impera en el mundo, dentro de un período determinado, una década, por ejemplo, es posible que el nombre de Quintana fuese actualidad palpitante, por otro motivo más profundo y esencial que el traslado de sus cenizas. Es lástima que no hayan descubierto á nuestro sabio un Lavesre ó un Thérive, como Schopenhauer descubrió á Gracian.

El Quintana el espíritu que corresponde á los tiempos de ahora, en que se abomina del romanticismo. Menéndez y Pelayo, que tan soberbios párrafos le dedica en la *Historia de las ideas estéticas*, seguramente le trataría mejor, si se ocupase de él en la actualidad, caso de vivir todavía, que bien podría. Quintana estaba capacitado para ser nuestro Boileau. Una cosa impidió que lo fuera: el mal tar á Boileau, precisamente, cuando el clasicismo, adulterado y reducido á fórmulas estrechas durante el siglo XVIII, estaba ya próximo al ocaso. Pero ni el autor del *Arte poética*, ni el del *Pelayo*, son hombres de criterio rigido. El verdadero Boileau, no es el que trató en España el Montiano y los Nasarres, de idéntico modo que el vate de la *Imprenta*, la *Vacuna*, autor, á su vez, de unas *Reglas del drama*, escritas en tercetos, dista mucho de parecerse á los sencidoclasicos que por aquí se gastaban en los tiempos de Carlos III y Carlos IV.

Se extiende la vida de Quintana de 1772 á 1857. Presencia, pues, toda la floración romántica francesa y española; mas en los años del romanticismo, había ya terminado su papel de poeta y de crítico. Su constitución sentimental é ideológica estaba hecha para vivir en círculos intelectuales y literarios que fueran trasunto de las normas clásicas. Vio como aquello pasaba y se extinguía; supo retirarse á tiempo y al ser coronado solemnemente por la Reina Isabel el 25 de marzo de 1845, vivía apartado de las letras desde casi media centuria. Es no solamente el poeta, sino también el hombre del siglo XVIII. Acaso aparezca en Dios ni en la Iglesia, pero en el Estado: es apóstol de la libertad política y tiene fe profunda y ardiente en el progreso de las Naciones y los beneficios que puede recibir la Humanidad con la práctica de las virtudes cívicas. (Notemos de paso que para la literatura y las ideas, el siglo XVIII español toca los albores románticos, hacia 1830, así como al francés lo corta la Revolución en 1789.)

Contra Quintana un poeta excelso—tanto como Behliler, Alderi, Bouras y Chénier—, la poesía forma sólo una parte de su actividad. En ella se apaasiona, pero contiene su entusiasmo; se exalta y sabe reprimirse antes que la fantasía se desborde; se entrega unos instantes al desenfreno en la inspiración, pero acierta á domeñar en seguida los impulsos. Es un clásico con alma. Se destaca ante Herrera, y encuentra fros, sosos y demasiado llanos para ser poetas; á Jorge Manrique, fray Luis de León y, sobre todo, los Argensolas. Dice Capmany que con las colonias de América. El autor de la *Filosofía de la elocuencia* exagera á ojos vistos; pero el aserto no significa que el carácter y la manera de Quintana no son tan mesurados como dicen?

Más poeta infinitamente que don Leandro Fernández de Moratín, se le parece, sin embargo, en que, como él, es un preceptista que pone ejemplos, ó, por mejor decir, practica sus teorías; no se contenta con hablar, y lleva á la realidad literaria sus opiniones retóricas. Sus obras principales son las tragedias *Pelayo* y *El duque de Viseo* (en la última imita desdichadamente el *Castro Spectre* del inglés Lewis), las odas á Juan de Padilla, España, Tráfalgar, la imprenta, la Vacuna y algunas otras composiciones de menos importancia.

Quintana es poeta valiente, sonoro, inspirado. Le va mejor el metal que le cuerda. Su clasicismo no ambula, sin trahar ridiculas, procede en mucha parte de la Biblia: pero á través de Herrera, quizá sin que el autor sospeche el origen remoto de su inspiración. No posee la ternura de don Alberto Lista ni la comprensión de Blanco White *in vivo*; y *in vivo* la poesía como Cadalso; es superior á Olmedo, aunque señale un retraso en la evolución hacia el romanticismo, y rara muy por cima de su amigo don Juan Nicasio Gallego.

Fué un enamorado de la libertad política, igno-

rada en la España de su tiempo, un ciudadano de «limbo de liege» (por un capricho del destino hoy fueron acompañadas sus cenizas por las de Mariano San Miguel), y así resulta comprensible cuando falta fe en la democracia, como sucede ahora. Nadie negará que es un alma grande, y que las musas acuden de verdad á su llamada.

Las *Vidas de españoles ilustres* comprenden las del Cid, Guzmán el Bueno, Roger de Lauria, el Príncipe de Viana, Gonzalo de Córdoba, Vasco Núñez de Balboa, Pizarro, don Alvaro de Luna y fray Bartolomé de las Casas. También fué uno de los primeros en coleccionar y estudiar los antiguos romances españoles, aunque careciese de la competencia de D urán y la penetración de Grimm y no pudiera adivinar los métodos modernos de investigación que en este mismo capítulo de la historia literaria han usado Milá y Fontanels y, ya perfectos y maduros, don Ramón Menéndez Pidal.

Quintana imita en sus biografías á Plutarco y en sus cartas á lord Holland está imitado por Tácito. Sus dioses mayores en cuestión de letras son Boileau y Voltaire. Aunque pretenda distinguir el *idilio de la égloga*, como en otros de la *pedantería*, su buen gusto hace que se enfade con Tineo y Hierrosilla cuando llevan éstos al límite su intrinsincia.

Quintana significa el buen sentido personificado. Si viviera en la Francia actual formaría en el grupo de Minerva y estaría en situación (ideológica, no política) análoga en algún aspecto á la de Maurras, y digo esto teniendo en cuenta la distinción entre tiempos y naciones.

LUIS ARAUJO-COSTA

REFORMAS DE LA ENSEÑANZA

EL BACHILLERATO

IV

Llegamos en nuestro artículo anterior al punto en que, con una información nacional para el contenido de la Segunda enseñanza y una Comisión competente que limite y marque con todo detalle ese contenido, teníamos ya los cuestionarios únicos para cada disciplina, no con la vaguedad de un mínimo de materia, como por lo común ocurre, que en su entusiasmo olvidado, ve en la mediocridad del examen la salvación de la enseñanza, sino con toda la materia y con todo detalle en cada disciplina, para que el contenido de cada una sea inalterable en todos los lugares donde el tiempo que en la ley se fija. Porque si se marca sólo el mínimo de materia en cada disciplina, del mínimo al máximo hay una variabilidad que podrá matar todas las ventajas que se buscan en los cuestionarios únicos.

Nosotros, con todo el respeto al criterio ajeno y pensando que todas las propagandas sobre estas cuestiones son útiles y que siempre son hijas de un noble entusiasmo orientado por encima de todo interés personal y de toda pasión extraña á estos asuntos, rogamos á esos señores de los periódicos, que ven en el castigo del examen los remedios á la culpa del estudio, que no se detengan en los exámenes, que son la superficie de estas cuestiones, sino que con su entusiasmo y reflexión entren en el fondo de la enseñanza, en el seno de la función docente, que ahí están las causas de los males y ahí el preciso lugar con los remedios.

A esos espíritus ofuscados por una apariencia de realidad, que es espejismo del mal en las llanuras de la enseñanza, les diremos con palabras senceras, saturadas de sana experiencia, que estudien y mediten en el libro de la realidad docente, en todos los campos de esa realidad y en todas las realidades de la vida social, y verán cómo en pruebas, exámenes y castigos no están nunca el remedio del mal, la disminución del delito ni la debilitación de la culpa.

Es cierto, ya lo hemos dicho, que, bien por nuestra idiosincrasia, bien por vicios en nuestras costumbres, somos trahajadores sólo á alta presión, y eso impone la necesidad de los exámenes; pero no está en su número, ni en el modo de hacerlos, ni en su dureza, el remedio á los males de nuestra enseñanza, como no está la salud en esos medicamentos que, sin actuar en los gérmenes del mal, dan al enfermo fuerzas, de momento, para caer después en más honda postración. Los remedios á esos males de la enseñanza, como á todos los males de la sociedad, hay que buscarlos en una acertada organización y una escrupulosa higiene. Y, entretanto, transigáramos con los exámenes, que dan fuerzas, de momento, al estudio, que son chispas ó llamaradas de fuerza, esfuerzos, esfuerzos extraños á estos asuntos internos, que no tienen las uniones y armonías necesarias á una buena formación cultural.

Transigáramos con los exámenes, pero no en el número exagerado de hoy, porque eso no es necesario y es perjudicial, sino tendiendo á extinguirlos lenta ó rápidamente, pero en evolución firme y segura. Exámenes de materias completas primero, exámenes de grupo más tarde, hasta llegar, en momento que lo demande el ambiente y lo permitan las costumbres, al examen de reválida solamente, en amplia libertad de enseñanza, donde cada palo aguarde su veta, y sea la sociedad quien en último término sancione, entregando ó retirando su confianza á los centros ó entidades destinados á la enseñanza.

En ese camino hay que colocarse en seguida; pero ponerse en un camino es el final, sería desde luego, que nadie se atreva á correr. Desde luego, el men de reválida debe ser con todas las garantías que sean necesarias—en esto estamos todos de acuerdo—, pero nada más que las necesarias, porque en estas mediocridades todo exceso es un agravio al decoro y al prestigio profesional. Pero intervenir los exámenes parciales de la enseñanza obliga por elementos extraños al profesorado, eso jamás; porque eso no cabe en sano juicio profesional, y es contrario á la misma tendencia que esa campaña tan mal orientada defiende. Una parte de la enseñanza privada protesta de la intervención oficial, y ahí se pide que la acción privada intervenga en los exámenes oficiales. No es eso, señores del castigo, en los exámenes, y del recelo en la función docente; no es eso lo que hay que intervenir y vigilar, sino la función misma, la enseñanza en todo su camino y en toda su extensión. Ya vemos cómo debe hacerse esa vigilancia y esa intervención, y sigamos ahora con el contenido de la Segunda enseñanza que nos da los cuestionarios únicos y nos ofrece en su origen el medio de resolver, según el sentimiento nacional, muchas cuestiones que preocupan á las familias y á la sociedad. Porque por ese caso me decidiría si el espíritu del niño es ó no campo apropiado para retar batallas, escuelas ó teorías filosóficas, y que daría fijada la existencia ó la naturaleza de la psicología en la Segunda enseñanza; si la Psicología se debe estudiar al desnudo ó con hoja de parra; si debe ó no seguirse estudiando la Agricultura en aula cerrada ó en campo abierto; si la lección debe estudiarse con extensión, ó debe sustituirse por un estudio amplio y profundo del castellano y de algunas otras lenguas vivas; si la gimnasia, que en su nombre suena á circo, y en su fondo es, en muchos casos, una ficción, debe cambiarse en educación física con parte de fisiología; si el dibujo, como elemento educativo y de gran utilidad práctica, debe ampliarse y dejar de ser copia de estampa, para tomar vida copiando del natural; si la Religión debe ser obligatoria ó voluntaria, si debe ser una asignatura más ó conferencias bisemanales en todos los cursos, desarrollando cuestiones en armonía con la edad del alumno y, en todo caso, si el cuestionario de esta disciplina—y ello es fundamental—debe ajustarse al criterio de unos autores